

Todos Ustedes Pueden Profetizar

STEVE THOMPSON

CÓMO ENTREGAR LA PROFECÍA

Reconocer cuando Dios está hablando y entender lo que Él está diciendo son elementos cruciales para profetizar con precisión. Sin embargo, saber cómo entregar una palabra también es importante. Siempre debemos esforzarnos para ministrar proféticamente de manera que honre al Señor y también a Su pueblo. La profecía no sólo consiste en comunicar lo que está en la mente de Dios; es también comunicar con *Su corazón*.

Algunos errores en lo profético nacen de la inmadurez y la inseguridad, pero otros surgen por la falta de instrucción sobre *cómo* ministrar proféticamente. En este capítulo veremos siete normas para entregar la profecía a la iglesia local. Estas normas pueden ayudarnos a estar seguros de que nuestras palabras edificarán y animarán en lugar de destruir.

1) Su Nivel de Autoridad

Muchos problemas con respecto a los dones proféticos podrían eliminarse si entiendiéramos el plan de Dios en cuanto a la autoridad en la

iglesia. Una de las mayores preocupaciones de los pastores y líderes de las iglesias es que aquellos que practican estos dones, no superan la tentación de profetizar más allá de sus límites de autoridad. En otras palabras, tienen la tendencia a profetizar sobre asuntos que no deberían o en una manera que no deberían.

En el reino de Dios, la autoridad se deriva de la responsabilidad. Generalmente, en la iglesia se nos da autoridad sobre aquello de lo cual somos responsables. Si no tenemos responsabilidad en cierta área, significa que ahí no tenemos una autoridad real.

Pablo menciona esta norma al defender su apostolado con los corintios en su segunda carta dirigida a ellos.

Pero nosotros no nos gloriaremos desmedidamente, sino conforme a la regla que Dios nos ha dado por medida, para llegar también hasta vosotros (2 Corintios 10:13 RV).

Pablo describió la autoridad que él tenía con los corintios “conforme a la regla” que Dios le había entregado a él. Esta medida de autoridad provenía del hecho que Pablo era el padre espiritual de esa iglesia y ante Dios él seguía siendo responsable de ellos.

Veamos un ejemplo. Si un vecino entra en mi patio y ve que mis hijos están haciendo algo que a él no le gusta y los disciplina, está cometiendo algo indebido. Aunque él sea un adulto, no tiene la autoridad de disciplinar a mis niños porque él no es responsable de ellos. En lugar de corregirlos, él me podría alertar en cuanto al problema y dejarme a mí hacer algo al respecto. Por cuarto yo soy responsable de ellos, yo tengo la autoridad sobre ellos.

Sin embargo, si le pido a mi vecino que cuide a mis hijos mientras estoy fuera por unos días, le estoy dando autoridad limitada para corregirlos durante ese tiempo, porque él será responsable de ellos durante esos días. Le otorgo autoridad sobre mis hijos porque le pido que sea responsable de ellos.

Una “Autoridad General”

Muchos problemas surgen porque algunos piensan que tienen una

“autoridad general” en la iglesia porque tienen dones proféticos y pueden ver problemas y situaciones que otros no ven. Creen que eso les da autoridad para hablar en cualquier situación, por cuanto ellos recibieron una visión profética. Éste no es el caso.

Si usted no tiene la responsabilidad de una congregación local, entonces tampoco tiene la autoridad en dicha congregación. Como pastor de nuestra congregación local, yo tengo la autoridad, puesto que soy responsable de esa congregación (Hebreos 13:17). Sin embargo, cuando viajo para ministrar a otras congregaciones, yo no tengo la autoridad sobre esas iglesias, ya que no soy responsable de ellas.

Cuando ministro a diferentes congregaciones, con frecuencia el Señor me da revelación profética para identificar a líderes futuros o para señalar a personas que están causando dificultades. Esto viene por revelación y no por alguna experiencia previa que haya tenido con ellos. Aunque el Señor me habla sobre estos asuntos, yo no profetizo ni hablo en público, porque no es mi responsabilidad señalar a los futuros líderes o corregir a los que causan problemas. El liderazgo local que Dios ha establecido en esa congregación es responsable de esos asuntos. Y el que yo intervenga directamente, sería una violación a la autoridad que Dios le ha dado al liderazgo local.

Un Ejemplo Práctico

Durante uno de mis primeros viajes ministeriales, mientras ministraba en otra congregación, el Señor me reveló proféticamente durante la reunión, que cierto hombre estaba siendo considerado para ser nombrado como anciano de esa congregación. Por medio del discernimiento de espíritus, vi el área específica en que él iba a tener en su función como anciano y que efectivamente él sería designado como anciano en los próximos seis meses. El Señor también me mostró que la esposa de este hombre era una mujer fuerte, pero que había sido mal interpretada por algunos de la congregación, como alguien con afán de manipular. Esta equivocación estaba impidiendo que el pastor pusiera a este hombre en un cargo de autoridad.

En lugar de dar esta palabra públicamente durante la reunión a la pareja, yo la comuniqué más tarde al pastor. Él estaba asombrado por la revelación y agradecido, pues había tenido gran inquietud al respecto. Ahora podría

seguir adelante con confianza y hacer el nombramiento de este hombre, debido a que le había sido confirmado por medio de la revelación profética. Le aconsejé al pastor que esperara un poco hasta que se sintiera cómodo con esta situación y para no actuar precipitadamente por mi palabra.

¿Por qué no le di la palabra públicamente a la pareja? ¿No hubiera sido más poderoso que todos vieran que Dios hablaba proféticamente a través de mí, identificando a la pareja, explicando la situación y dando palabra de sabiduría? Veamos las diferentes razones por las cuales era más apropiado dar la palabra en privado a los líderes de la congregación, en lugar de darla públicamente a la pareja.

1. Yo no era responsable de nombrar a los ancianos de esa congregación. El pastor y sus líderes tenían esa autoridad. ¿Qué podría haber ocurrido si yo hubiera dado la palabra públicamente? Quizá algunos habrían estado de acuerdo, pero los líderes pudieron haberlo desaprobado. Yo podría haber creado un problema serio al compartir esta revelación con los que no tenían la responsabilidad.
2. Siendo que todavía no era tiempo de que el hombre fuera nombrado anciano, la palabra dada públicamente pudo haber provocado impaciencia en él y ocasionado dificultades en su relación con el liderazgo. Si lo hubiera hecho públicamente, esta palabra podría haber impedido que el hombre fuera nombrado anciano, ocasionando que en el fondo de su corazón asumiera la posición con una actitud equivocada.
3. Yo podría estar equivocado. Si hubiera dado la palabra públicamente, la congregación entera habría sido responsable de juzgar la situación. Muchos de ellos pudieron no haber sido lo suficientemente maduros para proceder de forma adecuada. Sin embargo, al dar la palabra privadamente al pastor y a los ancianos que eran los responsables, ellos podrían juzgar la palabra privadamente y podrían hacer lo que creyeran correcto. Ellos eran los responsables de dirigir y vigilar esa congregación, no yo.

Era más grande el riesgo potencial de dar públicamente esa palabra a la congregación, que el beneficio. Algunos de ustedes pueden pensar: "Pero sería dramático y poderoso dar una palabra como esta públicamente." Puede ser verdad, pero yo no estoy interesado en ser dramático ni poderoso; yo quiero ser sabio y eficaz. Hay una tentación de llevar a cabo nuestro ministerio de manera que construyamos nuestra reputación a costa de edificar a la gente. No lo haga.

La autoridad que yo tengo en estas situaciones es una *autoridad referida*. Aunque no es una autoridad oficial, es un tipo de autoridad que tengo ante los pastores porque ellos confían en mí y mi ministerio. Es una autoridad basada en la amistad y el respeto, no una autoridad real. Como tal, yo sólo les entrego lo que he recibido en revelación, como un amigo y no como un supervisor de sus vidas.

Una Advertencia

La autoridad en la iglesia no viene de la revelación, sino viene de la responsabilidad. Si el liderazgo de su congregación no recibe la revelación de usted o decide esperar antes de usarla, esa es su facultad. Usted no debe ir a otra persona de la congregación a hablar de su revelación si el liderazgo no está de acuerdo con usted o no actúa según su entendimiento. Si hace esto, usted está fuera de la estructura de autoridad de Dios y probablemente traerá división en lugar de unidad en la iglesia.

Entender el grado de autoridad que tenemos determinará cómo nos acercamos a la gente. Si recibo palabra para un amigo, presento la revelación precisamente como un amigo. Si recibo una palabra para alguien que es una autoridad en mi vida, la presento con humildad, tratándole como un anciano. Si recibo una palabra para alguno de quien tengo responsabilidad como su pastor, lo haré también como tal. Nuestro nivel de autoridad dicta cómo y con quién compartimos la revelación.

2) Su Nivel de Revelación

Además de entender el grado de nuestra autoridad, necesitamos profetizar según nuestro *nivel de revelación*. Porque aquellos a quienes ministramos

son responsables de juzgar la profecía, deberíamos comunicarles el nivel en el cual recibimos la revelación.

Como previamente lo establecimos, hay tres componentes básicos de cualquier palabra profética: *la revelación, la interpretación y la aplicación*. Hay también niveles diferentes de revelación desde el más bajo hasta el más alto, como se definió en el capítulo 3.

Siempre que presentemos una palabra como si viniera de un nivel superior del que realmente lo recibimos, estamos engañando a la gente acerca de qué tan fuertemente Dios les está “hablando”. Si recibimos una impresión, que es un tipo válido de revelación, y decimos a alguien: “Dios me habló en cuanto a usted”, no estamos profetizando con la verdad. Por el contrario, si Dios nos habla audiblemente, debemos decirles exactamente eso: “Dios me habló”. Si un ángel se le aparece a usted y le da un mensaje para alguien, también debería decírselo.

Es importante presentar la revelación en el mismo nivel en el cual la recibimos. Uno de los cargos más confiables durante los tiempos bíblicos era el de embajador. La persona elegida para tal cargo representaba la palabra, la actitud y lo que llevaría a cabo el rey o autoridad que lo enviaba. Así es con nosotros. Cuando ministramos proféticamente, debemos ser los que no representan equivocadamente al Señor, sino hablar así como se nos fue hablado.

3) Su Nivel de Entendimiento

Asimismo es necesario que profeticemos según nuestro *nivel de entendimiento*. He visto a muchos creyentes que cuando comienzan a ejercer los dones proféticos, reciben una ligera impresión o una visión tenue e intentan profetizar mucho más allá de su nivel de entendimiento. En lugar de informar sencillamente lo que sienten o lo que ven de parte del Señor, intentan dar un mensaje profético muy detallado, más allá de su comprensión.

Para ilustrar este punto recordemos el ejemplo del capítulo anterior, del hombre que recibió la sencilla visión de un canguro. Cuando dicho hombre simplemente entregó la imagen, que era aparentemente insignificante y que él mismo no entendió, Dios le dio la interpretación a otra persona y la

ministración fue poderosa. De hecho, lo que parecía débil fue una palabra específica que impulsó a la persona que la recibió, dentro del plan geográfico de Dios para su vida, ¡a 16, 000 kilómetros de distancia!

Si el hombre que recibió la visión del canguro se hubiera sentido incómodo al compartir algo que no entendía completamente, podría haber cometido una grave equivocación. Si hubiera creído necesario elaborar una interpretación, habría destruido el poder de esa revelación. ¡Si no recibimos una interpretación, no debemos inventarla! Si pretendemos preparar el terreno para las personas profetizando más allá de nuestro entendimiento, les será más difícil oír al Señor, que si hubiéramos dado sencillamente lo que recibimos y nos hubiéramos detenido allí.

Como otro ejemplo, una vez me pidieron que ministrara proféticamente a un grupo durante una conferencia. Mientras oraba por alguien, recibí una visión clara de un diapasón, (objeto metálico pequeño para afinar instrumentos). El Señor me mostró el llamado de ese hombre y algunas cosas que pasaron cuando él era niño y que estaban impidiendo que respondiera a ese llamado. Yo estaba seguro de que la visión del diapasón era importante, pero dudaba de lo que significaba, así que rápidamente formulé mi propia interpretación.

Cuando empecé a ministrarlo le dije que había recibido la visión de un diapasón. Antes de que yo pudiera continuar con “mi interpretación”, el hombre comenzó a exclamar con emoción que él se ganaba la vida como afinador de pianos. Inmediatamente abandoné “mi interpretación” y me limité a dar los detalles que el Señor me había mostrado. Él estaba profundamente tocado por Dios y fue liberado de lo que había estado impidiendo su llamado.

Si no me hubiera interrumpido, yo habría ido más allá de lo que había recibido, con una interpretación “fabricada”. En ese caso, probablemente el hombre no habría tenido tal encuentro poderoso con el Señor. De hecho, se habría ido confundido en lugar de animado y fortalecido. El Señor lo protegió de mi error de ir más allá de mi comprensión.

4) Su Nivel de fe

Otra norma que debemos observar cuando profetizamos es no ir más

allá de nuestro nivel de fe. Pablo nos exhorta al respecto en la carta a los creyentes de Roma.

De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe (Romanos 12:6 RV).

Hay dos factores que tenemos que considerar respecto a ministrar según nuestro nivel de fe. Primero, aunque Dios puede usarnos proféticamente en cualquier nivel que Él elija, por lo general, nuestro crecimiento en toda área, que hemos recibido por gracia, es gradual. Por lo tanto, debemos sentirnos cómodos cuando comenzamos a ministrar en lo profético, de acuerdo con nuestra fe. Como norma general, no deberíamos esperar que Dios nos dé los detalles íntimos de la vida de alguien, cuando apenas comenzamos a ministrar en lo profético. Es muy probable que empecemos desde un nivel más bajo, lo cual es perfectamente normal.

Otro aspecto que necesitamos considerar al profetizar de acuerdo a nuestro nivel de fe es que siempre debemos profetizar *en fe*. Por ejemplo, si Dios nos muestra a través de una palabra de conocimiento que alguien está enfermo, no debemos simplemente decirle: "El Señor me ha mostrado que usted tiene una enfermedad" y dejarlo así. Debemos entender el corazón de Dios y Su anhelo por sanar. Así podemos orar en fe y ver a la gente sanada de sus enfermedades.

Hace varios años recibí una revelación poderosa para un amigo. Había anotado en mi agenda que debía cancelar una cita que tenía con él para el día siguiente. Más tarde ese día, mientras repasaba lo que tenía que hacer, revisé mi calendario y quedé asombrado de lo que vi.

Cuando cumplo con las tareas que tengo que hacer, acostumbro rayar cada asunto cumplido en mi calendario para evitar pasar por alto algo. Cuando miré lo que me faltaba, lo único sin rayar era la nota para llamar a mi amigo. Cuando vi el mensaje, ya no decía "cancelar", sino "cáncer". Agité la cabeza, pero ahí estaba de nuevo la palabra "cáncer", escrita al lado de su nombre. Miré una vez más, pero ahora decía "cancelar".

Cuando busqué al Señor sobre este asunto, Él me habló: "El enemigo está intentando convencer a Alan de que el cáncer ha vuelto". Años antes

de conocer a mi amigo le habían diagnosticado cáncer pulmonar. Había crecido en una iglesia donde no creían que Dios sanara e hiciera milagros hoy, así que Alan no pidió al Señor su sanidad. Sin embargo, el Señor se le apareció un día en la sala de su casa y lo reprendió por su orgullo y lo sanó del cáncer (él tiene radiografías que certifican que tenía cáncer y que comprueban su sanidad posterior).

Cuando le llamé por teléfono para hablarle de lo que el Señor me había revelado, escuché la contestadora, por lo que sólo cancelé nuestra cita. No quise dejar un mensaje de esta naturaleza en su contestadora, por lo que decidí llamarlo posteriormente. Me da pena admitirlo, pero se me olvidó llamarlo.

Dos semanas después, mientras manejaba de regreso a mi casa con un miembro de nuestro equipo, observé que estábamos en la ruta donde vivía mi amigo. Le compartí a mi compañero lo que el Señor me había mostrado y decidimos detenernos para ministrarlo.

Cuando me estacioné enfrente de su casa, su esposa salía de otro edificio en el mismo terreno de su casa. Le pregunté dónde estaba su esposo. Dijo que había estado enfermo y se encontraba dentro de la casa. Inmediatamente le pregunté: "¿Él piensa que el cáncer ha regresado, verdad?" Ella se asustó y nos dijo que así era.

Cuando entramos en la casa, mi amigo salió de su recámara y se veía muy demacrado. De hecho había estado tosiendo casi durante diez días y se sentía como antes de que el Señor lo sanara del cáncer. Si yo no hubiera oído claramente al Señor exponer el engaño del enemigo que intentaría convencerlo de que el cáncer había regresado, yo también habría sido engañado. Él se veía como si estuviera en la última etapa del cáncer.

Le expliqué lo que yo había recibido y mi amigo y yo oramos por él, confrontando la mentira del enemigo y orando por su salud. Dios nos dio otra visión profética sobre la situación mientras orábamos. A la semana siguiente le hicieron una biopsia y se descubrió un tumor benigno en su pulmón, donde el tumor canceroso había desaparecido años atrás. Se lo extirparon y sigue tan saludable como nunca.

Los doctores estaban asombrados porque nunca habían visto ni sabido de un tumor benigno de esta clase, localizado en el pulmón. Nuestra conclusión fue que si nosotros no hubiéramos recibido esa palabra clara de parte del

Señor y roto cualquier propósito del plan del enemigo, el tumor habría sido canceroso. Si yo hubiera actuado basándome en el temor en lugar de la fe, pudiera haber sido usado por el enemigo de acuerdo con sus propósitos para la vida de mi amigo, en lugar de los planes de Dios. ¡Debemos profetizar en fe!

Debemos recordar que Dios nos habla proféticamente para cambiar las situaciones existentes y advertirnos de los planes de satanás. Nunca debemos caer en la trampa de profetizar los planes del enemigo como si fueran el propósito de Dios. Profetizar en fe es sencillamente tener confianza en Dios y Su misericordia y profetizar firmemente establecidos en esa gracia.

5) Motivado por Amor

Y si tuviese profecía, y entendiésemos todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes y no tengo amor, nada soy (1 Corintios 13:2 RV).

Aunque ciertamente la profecía consiste en entregar un mensaje de parte de Dios, no debemos olvidar que estamos hablando a Sus hijos. Nuestra ministración profética siempre debe estar motivada por el amor de Dios. Probablemente, a Dios no le agrada que nadie sea áspero con Sus hijos.

Algunos de nuestros conceptos tradicionales sobre los profetas y el ministerio profético son incorrectos. Equivocadamente, muchos creen que los profetas son hombres iracundos que pronuncian juicio a las multitudes. La verdad es que así como todos los otros oficios, el ministerio profético debe ser motivado por el amor de Dios.

En Apocalipsis 19:10, Juan escribe que: **“el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”**. Jesús es el testimonio del amor sacrificial de Dios por la humanidad y por consiguiente, la fuerza que motiva la profecía es el amor de Dios (el próximo capítulo trata más extensivamente de este asunto). Siempre que profeticemos debemos revelar el amoroso carácter de Dios.

Algunos han comunicado la palabra de Dios, pero han comunicado mal lo que hay en Su corazón. Dios no desea destruir a las personas por medio del don de la profecía, sino Él anhela edificarlas. Pablo dice en su primera carta a los corintios que **“el amor edifica” (1 Corintios 8:1 NVI)**. Cuando ministremos proféticamente en amor, la gente será edificada, no destruida.

6) Imparta Esperanza

Al final de su discurso acerca del amor en 1 Corintios 13, Pablo establece que hay tres virtudes eternas: la fe, la esperanza y el amor. Si queremos que nuestro ministerio al cuerpo de Cristo sea de naturaleza eterna, deberá contener cada una de estas virtudes. Cualquier palabra profética que nosotros demos no sólo debe darse en fe y ser motivada por el amor, sino que también debe impartir esperanza.

Incluso una rápida mirada al Antiguo Testamento nos enseña que Dios está siempre deseoso de retardar o anular el juicio, si la gente cambia su conducta. De hecho, este es el propósito de mucho de la profecía. Reflexione en lo siguiente que se nos ha dado a conocer acerca del corazón de Dios: **“Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis” (Ezequiel 18:32 RV)**.

De los acontecimientos con Nínive al ejemplo de Acab, vemos que Dios es misericordioso y justo. Está lleno de gracia y compasión y desea que todos vayamos por Su camino para que pueda bendecirnos. Debemos entender que Dios siempre nos brinda una esperanza. Y nosotros también debemos ofrecer esperanza cuando ministramos proféticamente.

7) Ministre en Humildad

Por último, nuestro ministerio profético debe ser practicado con una actitud de humildad. Cuando ministremos a cualquier persona, recordemos que, con toda seguridad, no hemos sido los únicos. Necesitamos entender que quienes nos precedieron proféticamente han cometido errores por representar mal el corazón de Dios. Depende de nosotros recuperar el espíritu de la profecía, lo cual es el amor expresado con humildad.

Si usamos la profecía y la descripción de Cristo dado por Isaías como nuestro modelo para ministrar, no sólo ejerceremos correctamente la profecía, sino que además traeremos sanidad a quienes han sido heridos a causa de un manejo inadecuado del ministerio profético en el pasado.

Este es Mi Siervo, a quien sostengo, Mi Escogido, en quien Me deleito; sobre Él he puesto Mi Espíritu, y llevará justicia a las

naciones.

No clamará, ni gritará, ni alzará Su voz por las calles.

No acabará de romper la caña quebrada, ni apagará la mecha que apenas arde. Con fidelidad hará justicia (Isaías 42:1-3 NVI).

No romper la caña quebrada significa que nosotros no debemos ser áspersos con aquellos cuyas vidas han sido devastadas en el pasado. No extinguir la mecha que apenas arde significa que no apagaremos las débiles flamas que son el único resto de lo que fue una vez su vida espiritual. Para ser como Jesús debemos profetizar vida a quienes están en el punto más bajo y no simplemente decirles cuán bajo han caído.

Humildad Práctica

En la práctica intento no intimidar a nadie cuando estoy ministrando. Si alguien se sienta frente a mí y yo empiezo a profetizar, no me levanto para entregar la palabra. Me arrodillo de modo que siempre quede por debajo de ellos, para que no se sientan intimidados o en una posición subordinada. Y generalmente sonrío cuando profetizo, porque quiero comunicarles el amor de Dios, de todas las formas posibles.

Asimismo nunca asumo que tengo el derecho de imponer mis manos en alguien para orar por ellos. Mucha gente ha experimentado abuso verbal, físico o sexual y nosotros queremos traer sanidad a través de una expresión de la bondad y la humildad del Señor. Siempre pedimos permiso antes de orar o imponer las manos sobre la gente, haciéndoles saber que son ellos quienes tienen control de la situación y deben darnos permiso para ministrarles. No asuma este derecho; solicítelo.

Un Estilo de Vida

Aunque debemos estudiar para aplicar estas enseñanzas a nuestra vida, no podemos hacer una *lista de requerimientos proféticos* y revisar cada punto para ver si hemos cubierto todo, cada vez que entregamos una palabra profética. Deben volverse parte de la vida profética con Dios, a la cual cada uno de nosotros ha sido llamado. A medida que se vuelvan una parte de nuestra vida, seremos usados por Dios en una medida de Su gracia profética que sigue aumentando.

RECUPEREMOS EL ESPÍRITU DE LA PROFECÍA

Hay una gran cantidad de comprensiones erróneas con respecto a los profetas y su ministerio. Muchos creen que el ministerio profético lo componen de modo casi exclusivo personas iracundas que pronuncian como truenos los juicios de Dios. De hecho, hace poco un pastor me comentó: "Es peligroso tener ministerio profético en la iglesia". Aunque no estoy de acuerdo con tal afirmación, entiendo las frustraciones y la preocupación que hay entorno a este ministerio. Por las comprensiones erróneas acerca del ministerio profético y de errores que algunos han cometido, muchos tienen temor de la profecía.

Esto trae una serie de preguntas importantes para nosotros. ¿Son las personas proféticas, por su llamamiento, críticas, iracundas y faltas de compasión? ¿Si usted es profético, se supone que por naturaleza sea enojón y falto de amor? ¿Si usted es afectuoso y compasivo, es menos profético que los profetas que aparecen en la Biblia? ¿O tenemos serios malentendidos sobre los profetas y el ministerio profético?

Como se mencionó anteriormente, no se pretende que este libro sea un tratado sobre el oficio de profeta. Sin embargo, con el propósito de entender y recuperar el espíritu de la profecía, examinaremos las vidas y acciones de

algunos de los profetas bíblicos.

Nuestro Punto de Vista es Limitado

Mucho de nuestros conceptos generales acerca de aquellos que son llamados al ministerio profético, en el mejor de los casos, es inexacto, y algunos de nuestros conceptos son hasta peligrosos. Una gran cantidad de esas ideas equivocadas se fundamenta sobre un punto de vista muy limitado de unos cuantos profetas del Antiguo Testamento, en lugar de tener un panorama amplio que los abarque a todos.

Admiramos tanto a los profetas del Antiguo Testamento y sus hazañas, que hasta llegamos a considerar las fallas de su carácter como “cualidades propias de lo profético”. En vez de reconocer que sus actitudes estaban equivocadas, hemos inventado razones y pretextos para ellas. Esto ha surgido de dos problemas básicos. Primero, nuestra comprensión del corazón de Dios ha sido menos que precisa. A pesar de las Escrituras que demuestran lo contrario, muchos creen que Dios es iracundo, impaciente y que se irrita con facilidad. En consecuencia, lo hemos representado a Él de esta manera por medio de nuestro ministerio profético.

En segundo lugar, hemos llegado a creer que los profetas bíblicos eran investidos de poder y de revelación aún cuando tuvieran actitudes pecaminosas. Porque muchos no hemos entendido que Dios puede permitir que tal poder y revelación se den por medio de seres humanos frágiles, hemos creído que era de suponerse que los profetas deberían ser rudos, violentos e implacables en sus juicios. Por otra parte, ¿si sus actitudes eran incorrectas, cómo Dios podría haberlos usado tan poderosamente?

Un signo de madurez consiste en la capacidad de entender que la revelación y el poder que se manifiestan a través de una persona no respaldan necesariamente sus actitudes. Los profetas bíblicos que representaban al Señor como agresivo y desprovisto de misericordia estaban equivocados por completo y Dios los llamó a cuentas por su pecaminosidad.

Expansión de Nuestro Punto de Vista

No todos los profetas del Antiguo Testamento fueron iracundos y ásperos. Necesitamos ampliar nuestro punto de vista acerca de los profetas y reexaminar

nuestros existentes “modelos” proféticos, a fin de tener un entendimiento adecuado de lo que Dios espera del ministerio profético.

Pablo escribe en 1 Corintios 14:3 que la profecía tiene como objetivo edificar, exhortar y consolar. Sin embargo, casi todos nuestros modelos del Antiguo Testamento no cumplen estas condiciones, ni tampoco lo hacen muchos de aquellos a quienes conocemos por experiencia propia. Entonces ¿cómo podemos hacer que esto concuerde?

Necesitamos reconocer que nuestros intentos por definir el ministerio profético mediante nuestros limitados encuentros con unos cuantos individuos es como el cuento de los cuatro ciegos que se encontraron con un elefante e intentaron determinar lo que éste era sólo mediante el tacto de lo que cada uno había encontrado. Al intentar reconstruir todo, basándonos en una sola parte, hemos hecho una caricatura burda de este ministerio que es contrario al espíritu que está detrás de él.

El Peligro de Mirar a un Hombre

Rick Joyner ha comentado que un problema significativo en la iglesia es nuestra tendencia a juzgar a cualquier grupo por sus características más extremas. Esto ha sucedido en forma muy definida con el ministerio profético. Cuando pensamos en un profeta, con frecuencia viene a la mente el nombre de Elías. Lo vemos haciendo guerra espiritual en el Monte Carmelo para llamar al arrepentimiento a una nación apóstata. Vemos una figura solitaria que con toda calma ora y Dios le responde con fuego. Lo vemos cuando da muerte a los profetas de los dioses falsos, como una expresión del juicio de Dios. Cuando pensamos en lo profético, pensamos en poder, milagros y santidad.

Elías y otros profetas conforman siluetas importantes y en forma muy natural se han convertido en nuestros patrones para el ministerio profético. Pero esto conlleva un peligro serio si no entendemos un principio básico del ministerio. Dios puede infundir poder a las palabras de una persona sin que simultáneamente respalde sus actitudes. Debemos separar las hazañas de los profetas de sus actitudes equivocadas, de manera tal que nuestros patrones en cuanto a este ministerio sean acertados.

Pronunciar una última advertencia espiritual no fue la función primordial profética. Muchos profetas del Antiguo Testamento fueron consejeros de los reyes de Israel, e incluso aconsejaron de parte de Dios a reyes paganos. No todos los profetas del Antiguo Testamento trataron con aspereza a quienes

les rodeaban. A medida que examinemos un panorama más amplio de los profetas se ampliará también nuestra comprensión de este ministerio y del espíritu que lo respalda.

El Modelo de Elías

Para la mayoría de las personas, Elías representa al modelo más elevado del ministerio profético. No cedió en su resistencia contra la idolatría en Israel. Se levantó con todo denuedo ante el peor de los reyes que tuvo Israel y declaró la palabra de Dios sin temor y sin ceder en lo más mínimo. Declaró que no habría lluvia, a no ser por su palabra, y en efecto, no llovió durante tres años (1 Reyes 17:1). Además, él solo, sin ayuda, acabó con 850 falsos profetas que había en Israel (1 Reyes 18:19). Es un excelente ejemplo de fe y valor.

Sin embargo, la Biblia dice que fue un hombre de fallas humanas como nosotros (Santiago 5:17). Carecía de compasión, paciencia y un corazón redentor. Incluso Pablo en Romanos 11:2-3 escribió que en su desesperación y en su ira invocó a Dios contra Israel. Clamó para que el Señor juzgara y tratara con dureza a los miembros de su propio pueblo.

También aparentemente juzgó mal a Abdías, de quien la Biblia dice que temía a Dios en gran manera (1 Reyes 18:3). Además, Elías fue voluntarioso, pues no cumplió la totalidad de las órdenes que Dios le había dado y se las dejó a su sucesor (1 Reyes 19:15-16). Podemos admirar su fe, su valor y su denuedo, pero él no representa el espíritu del profeta y de la profecía según el Nuevo Testamento.

Profetas Verdaderos que Ayudaron a Acab

Para quienes sostienen que Elías es el modelo del profeta por excelencia, les ayudará sobremanera examinar a otros profetas de su tiempo. En tres ocasiones distintas Dios envió profetas diferentes a Elías para dirigir y orientar al rey Acab y a sus ejércitos en la batalla (1 Reyes 20:13-28). Actualmente hay muchos que tienen un entendimiento escaso del ministerio profético y no pueden imaginar que Dios hubiera enviado profetas para auxiliar y alentar a Acab, quien había conducido al pueblo de Israel a la idolatría.

Sin embargo, incluso en el Antiguo Testamento, así se tratara del peor rey

que Israel hubiera tenido, a los profetas se les llamó para ayudar y alentar al que se halla en el liderazgo. Cumplían esta función porque fueron motivados por un Dios clemente, misericordioso y paciente.

Esos profetas no apoyaban el pecado, sino que traían vigor y auxilio durante los tiempos de lucha, para preparar al pueblo que debería enfrentar a los enemigos de Dios. Si tal era el caso bajo el Antiguo Pacto, ¿no habría de ser mucho más redentor el ministerio profético bajo el Nuevo Pacto?

Cuando Acab desobedeció la orden de Dios, otro profeta vino y lo reprendió por no haber seguido la voz del Señor (1 Reyes 20:41-43). Más tarde, cuando Elías trajo la advertencia de que era inminente el juicio de Dios, Acab se arrepintió. En forma muy notoria, Dios instruyó a Elías que notara la forma en que Acab se había humillado (1 Reyes 21:17-29). El Señor vio la humildad de Acab y aplazó el juicio que venía sobre su casa. Dios procuraba enseñar a Elías de cómo Su corazón siempre está deseoso de salvar, redimir y perdonar, para que su profeta reflejara el carácter de Dios, que se regocija en la misericordia y no en el juicio.

En muchos casos, los profetas de hoy necesitan examinar la enseñanza de Dios a Elías para que vean cuán paciente es Él con Su pueblo. Su anhelo es mostrar Su misericordia y actuar con toda rapidez a favor de cualquiera que dé un paso de arrepentimiento, sin importar lo pequeño que sea (Lucas 15:17-23).

¿De Qué Espíritu es Usted?

Otro concepto dañino sobre los profetas viene también de la vida de Elías. Después de ser confrontado por Elías debido a su idolatría, Ocozías, rey de Israel, envió a un capitán de su ejército con cincuenta hombres para que llevaran a Elías a su palacio. Cuando se acercaron a Elías y le ordenaron ir con ellos, el profeta invocó fuego del cielo y todos murieron. Entonces el rey despachó un nuevo capitán con otros cincuenta soldados y pasó lo mismo (2 Reyes 1:9-12).

Tener presente este relato e ignorar la orden de Jesús de amar a nuestros enemigos, ha hecho que algunos creen que los profetas están exentos o que no les es exigido el fruto del Espíritu y el andar en amor. Luego de dejarse moldear e influenciados por este concepto equivocado, algunos profetas están listos para pronunciar juicio cuando sienten que algo les amenaza o que se les rechaza. De hecho, incluso algunos de los discípulos más allegados a Jesús

sostuvieron esta misma posición equivocada.

Cuando iba hacia Jerusalén, Jesús debía pasar por Samaria, pero los samaritanos no se lo permitieron (Lucas 9:51-56). Entonces sus discípulos enfurecidos por la afrenta contra el Señor, le dijeron a Jesús: **“Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?”** (Lucas 9:54 RV). No le pidieron a Él hacer esto; ¡le preguntaron si quería que ellos lo hicieran por Él!

Un día antes esos mismos discípulos no se ofrecieron para liberar a un niño poseído por un demonio. A ellos no les motivaba tanto el amor como les motivaba la ira. La respuesta de Jesús es una reprobación a todos aquellos que hoy se equivocan en relación con el espíritu de la profecía: **“Ustedes no saben de qué espíritu son, porque el Hijo del Hombre no ha venido para destruir las vidas de los hombres sino para salvarlas”** (Lucas 9:55-56 Paráfrasis Libre). Los discípulos no se dieron cuenta que el amor y no la ira, es el motor profético verdadero.

Caminar en lo profético significa que no sólo deberíamos oír las palabras de Dios, sino también tener Su carácter. Si queremos verdaderamente caminar en lo profético, debemos tener el espíritu de la profecía que es el testimonio de Jesús (Apocalipsis 19:10). El testimonio de Jesús, aquello que Él atestigua, es el amor redentor de Dios hacia la humanidad. Recordemos: **“Dios es amor”** (1 Juan 4:8, 16 RV).

El amor de Dios no es sentimental, ni sensiblero. El amor de Dios no teme decir la verdad, pero tampoco se muestra ansioso por juzgar. De hecho, la capacidad de hablar la verdad motivada por el amor, es difícil y es un distintivo de la madurez cristiana (Efesios 4:15). Si nuestra motivación es la ira que tiene sus raíces en el orgullo y la soberbia, muy pronto estaremos listos para dar juicio, en lugar de interceder y suplicar la misericordia con toda paciencia.

¿Juicio o Gracia?

Un profeta amigo aprendió esta lección de una manera dura. Tenía un ministerio profético poderoso y acertado. Una vez profetizó juicio airadamente por espacio de cinco minutos a un grupo de pastores, debido a la actitud pecaminosa de ellos. El Señor lo reprobó por haber hablado en su propia ira y le dijo que iba a estar enfermo por cinco meses, un mes por cada minuto de juicio que pronunció sobre el pueblo de Dios. Aprendió rápido qué espíritu

era y nunca ha vuelto a repetir ese error.

Juzgar es demasiado fácil y casi siempre tiene sus raíces en nuestra carnalidad. Para profetizar en verdad la vida y la esperanza necesarias para cambiar una situación, se requiere el toque de Dios. Si damos juicio sin ofrecer esperanza, muy probablemente se debe a que todavía operamos a partir de nuestras mentes carnales, no del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no sólo sabe lo que está mal en una determinada situación; también sabe cómo enderezarla porque Él es el Consolador.

El Modelo de Jonás

El modelo de Jonás es una versión actualizada del modelo de Elías. Dios le había ordenado ir a los asirios, pero Jonás no quería ayudarlos porque eran enemigos de Israel. En cambio, tomó un barco que se dirigía en dirección opuesta. Cuando Dios envió una tormenta debido a la presencia de Jonás en el barco, los marineros paganos mostraron un espíritu más sensible que Jonás. Al reconocer la naturaleza espiritual de la tormenta oraron a sus ídolos para preguntarles el motivo de ese temporal.

Cuando se descubrió que Jonás era el culpable, estos idólatras no quisieron tomar la vida del profeta a cambio de las vidas de ellos. A riesgo de sus propias vidas, remaron con todas sus fuerzas para salvar a Jonás. Finalmente, al ver que no había otra esperanza sino obedecer la palabra de Jonás y arrojarlo por la borda a las aguas, lo hicieron. Tengamos en cuenta que estos paganos tuvieron más compasión por alguien que había traído juicio sobre ellos que el hombre de Dios que afirmaba entender la benignidad y la misericordia de Dios (Jonás 4:2).

Puede que Jonás haya entendido teológicamente el amor de Dios, pero no tenía mucho de él. Fue quizá el profeta más terco en la historia. ¡Le fue necesario pasar tres días y tres noches en el vientre del gran pez para humillarse y arrepentirse de su pecado (Jonás 1; 2:1)! Creo que yo me hubiera arrepentido en el momento en que me echaban al agua, y si no en ese momento, entonces en el instante en que el pez fuera a tragarme.

Cuando fue devuelto por el pez y llegó a la playa, el Señor una vez más le habló para enviarlo a Nínive. Ahora sí el profeta cumplió lo que se le había ordenado y predicó: **“De aquí a cuarenta días, Nínive será destruida”** (Jonás 3:4 RV). Cuando la ciudad entera se arrepintió, hasta el punto que desde el rey hasta el último animal estaban cubiertos de cilicio y se sentaban

sobre ceniza, Dios canceló el juicio que les había anunciado. Jonás que no tenía amor por el pueblo de Nínive, se quejó de esto a Dios esperando que Él cambiara Su modo de pensar, los juzgara y los destruyera. Luego Jonás esperó para ver lo que sucedería.

En todo este relato, Jonás fue la única persona que no tuvo compasión por los demás. La única sensibilidad que se le puede apreciar, fue hacia una planta que le había sido de beneficio personal. Por el contrario, el amor de Dios es tan profundo que se preocupó no sólo por las personas sino también por los animales (Jonás 4:11). ¿Por cuánto tiempo más continuaremos en nuestra comprensión equivocada del carácter bondadoso de Dios?

A muchos se les ha enseñado erróneamente que los profetas deben anhelar con insistencia el juicio, pero esto no es correcto y carece de fundamento. No es una característica profética, es un *rasgo de imperfección*. Quienes tienen muy poca o ninguna compasión se deleitan en el juicio; el pueblo profético maduro se regocija con que las personas se vuelvan hacia Dios y reciban de Él misericordia.

¿Jóvenes Iracundos?

En 1 Reyes 13, encontramos la poderosa iniciación de un joven varón de Dios ante la nación de Israel. Este hombre, con un llamado profético, irrumpe en escena con un despliegue impresionante y dramático de poder profético, acompañado de maravillas y señales que respaldaban sus palabras. Este relato también contiene una revelación poderosa del corazón de Dios hacia el ministerio profético.

Y...un hombre de Dios fue de Judá a Betel por palabra del Señor, cuando Jeroboam estaba junto al altar para quemar incienso.

Y clamó contra el altar por palabra del Señor, y dijo: Oh altar, altar, así dice el Señor: ... “a la casa de David le nacerá un hijo, que se llamará Josías; y él sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman incienso sobre ti, y sobre ti serán quemados huesos humanos”.

Aquel mismo día dio una señal, diciendo: Esta es la señal de que el Señor ha hablado: ...“el altar se romperá y las cenizas que están sobre él se derramarán”.

Y aconteció que cuando el rey oyó la palabra que el hombre de Dios

había clamado contra el altar de Betel, extendió su mano desde el altar, diciendo: ¡Prendedlo! Pero la mano que extendió contra él se secó, de modo que no podía volverla hacia sí.

Y el altar se rompió y las cenizas se derramaron del altar, conforme a la señal que el hombre de Dios había dado por palabra del Señor (1 Reyes 13:1-5 BDLA).

¡No podemos más que aceptar que este fue un ministerio dramático! Dios respaldó Su palabra con señales poderosas. Además, protegió al joven de Dios con una maldición sobre el rey. Sin embargo, hay revelaciones más profundas que se perciben en el diálogo entre el rey y el varón de Dios. Cuando el rey apóstata pidió al joven que orara para restaurarle la mano, después de haber intentado matarlo, el profeta inmediatamente invocó la misericordia del Señor en favor del monarca.

Si hubiese tenido la naturaleza que muchos de nosotros atribuimos a los profetas del Antiguo Testamento, le habría dicho: “¡Cómo te atreves a buscar a Dios, rey renegado! Anda a tus dioses paganos y ve si ellos te pueden sanar. Dios no te sanará, después de haberle dejado y haber conducido a Su pueblo a la idolatría. Desde este día hasta que te reunas con tus padres, no volverás otra vez a levantar ni a extender tu mano contra ningún hombre”.

Pero esta *no* fue su respuesta. Buscó al Señor y el Señor restauró la mano del rey. Aun en este ejemplo, el propósito de Dios fue redentor. A Dios no lo posee una ira incontrolable; Él está lleno de misericordia y de gracia, mucho más allá de lo que podamos siquiera imaginar. Hay ocasiones en que caerán los juicios de Dios, pero incluso en tales casos, son redentores por naturaleza.

Este varón de Dios después cometió un trágico error, uno que le costó la vida. Este error y el mensaje que de él se desprende son de suma importancia para hoy y se tratará más a fondo en el capítulo 12.

Moisés y la Roca

Presentar a Dios como iracundo, cuando no lo es, probablemente constituye una de las transgresiones mayores que podemos cometer. Es un peligro potencial para todos aquellos a quienes se llama al ministerio, pero sobre todo para los que se les llama a hablar en profecía. Hasta Moisés sucumbió a

este error. En Números capítulo 20, vemos que por este pecado se le impidió a Moisés entrar a la Tierra Prometida, después de haber recorrido el desierto con el pueblo de Israel durante más de 39 años.

Y porque no había agua para la congregación, se juntaron contra Moisés y Aarón.

Y habló el pueblo contra Moisés, diciendo: ¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová!

¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias?

¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, de higueras, de viñas ni de granadas; ni aun de agua para beber.

Y se fueron Moisés y Aarón de delante de la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos.

Y habló Jehová a Moisés diciendo:

Toma la vara, y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias.

Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como Él le mandó.

Y reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y les dijo: ¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?

Entonces alzó Moisés su mano y golpeó la peña con su vara dos veces; y salieron muchas aguas, y bebió la congregación, y sus bestias (Números 20:2-11 RV).

¿Podemos oír el tono del Señor cuando le dio a Moisés las instrucciones? Dios le ordenó reunir al pueblo, tomar la vara y hablar a la peña, para que saliera el agua. ¿Acaso expresó Dios ira o repugnancia hacia Su pueblo? ¿Se sintió frustrado porque dudaron de Él una vez más? No. De acuerdo con Su revelación a Moisés, Dios estuvo lleno de gracia, misericordioso, paciente y de enorme benignidad (Éxodo 34:6-7).

Sin embargo, cuando Moisés comenzó a hablar, presentó a Dios como si estuviese enojado con el pueblo por la rebeldía. Dios no expresó ira, pero

Moisés lo hizo parecer como airado, impaciente y de mal genio. Moisés en su frustración, golpeó la peña en lugar de hablarle.

Luego Dios dio a conocer Su juicio contra Moisés en Números 20:12: **Pero el Señor dijo a Moisés y a Aarón: Porque no me creyeron (dependen de) y no me santificaron ante los ojos del pueblo de Israel, no serán ustedes quienes los conduzcan a la tierra que yo les he prometido.**

Dios no estaba airado con los israelitas, pero Moisés sí y comunicó su ira como si fuese la de Dios. A causa de esto, Moisés no pudo guiar al pueblo de Dios para entrar a la Tierra Prometida. Pero esto no sólo fue un juicio contra Moisés; es también un mensaje para nosotros. No deberemos jamás presentar a Dios como caprichoso en las manifestaciones de Su carácter.

Consideremos cuán perjudicial fue este error para Israel. ¿Alguna vez le ha tocado a usted trabajar para un jefe malgeniado que se irrita con facilidad con insignificancias? Como nunca se sabe qué lo sacará de sus casillas, todos a su alrededor se mantienen como paralizados por el terror, sin saber cómo va a reaccionar el líder ante la más leve iniciativa que se tome. Oiga esta advertencia: Si nuestro carácter explota con facilidad y comunicamos que así es Dios, mataremos la fe y la creatividad de aquellos a quienes nos dirigimos. No les podremos guiar hacia su tierra prometida si presentamos un Dios irritable y cambiante. ¡El Señor no es así!

Jesús es el Modelo

En la actualidad ciertos modelos y enseñanzas sobre cómo deben proceder los que tienen dones de profecía, tienden a poner pretextos para este tipo de ira, pero es claro que Dios ni los respalda, ni los excusa. Debemos seguir el modelo divino sin tener en cuenta nuestra experiencia. No se establece ni se llama a los profetas para que critiquen, sean inclementes e iracundos. Estas cualidades no corresponden al don profético. Si creemos y enseñamos que lo son, levantaremos una generación nueva de profetas ásperos e iracundos, en lugar de unos que sean pacientes y perdonadores como Jesús.

Cuando los discípulos de Cristo pretendían seguir el modelo de Elías e invocar fuego del cielo, les ordenó seguir Su ejemplo y Su vida, no el ejemplo ni la vida de Elías (Lucas 9:54-56). Si se nos llama a ministrar proféticamente, no debemos seguir el patrón y los errores de aquellos cuyas vidas son dadas a conocer en las Escrituras. Están allí para que aprendamos a evitar y a vencer esas fallas. Merecen nuestro respeto por su celo y su sacrificio para Dios, pero

no podemos pasar por alto las lecciones que debemos aprender de ellos.

Podemos Perder la Bendición

Los líderes en las iglesias deben tener cuidado de evitar un error señalado por el autor C.S. Lewis, en su serie de libros, *Crónicas de Narnia*. Cuenta de un grupo de pequeños seres a quienes los engañó la falsificación de Aslan, que era la figura de Cristo en esos relatos. Como habían sido engañados por lo falso, decidieron que nunca les volvería a suceder. Así, pues, se opusieron al Aslan verdadero cuando llegó; lo rechazaron y también las provisiones que les traía. Si no ponemos atención, podemos rechazar el ministerio profético que va surgiendo debido a los errores e inmadurez de algunas personas de nuestras experiencias pasadas.

Ya mencioné que no estaba de acuerdo con un pastor que creía que era peligroso tener ministerio profético en la iglesia. Su temor era comprensible pues se basaba en fracasos espirituales por los malos entendidos de este ministerio. Aun así, afirmo que no sólo no es peligroso tener ministerio profético en una congregación, ¡el verdadero peligro es no tenerlo!

Si no tenemos ministerio profético activo a nuestro alrededor, nos hace falta uno de los dos ministerios fundamentales que Dios nos ha dado. ¿Qué edificio puede mantenerse en pie si falta la mitad de sus cimientos? Si usted intenta edificar sin el ministerio profético, como parte del fundamento, usted construye algo que es muy peligroso para ser habitado.

El ministerio profético no es destructor, pues su esencia en sí es de capacitación o formación. El problema no ha sido el ministerio profético, sino la enseñanza errónea que lo rodea. Como dice un refrán: No podemos arrojar al niño junto con el agua de la tina. Lo profético, aunque es semejante a un niño, en muchos aspectos, al final madurará para ser en la iglesia una fuente de fortaleza y de valor sin precedentes.

En lugar de fundamentarse en los errores del pasado y permitir que éstos definan el ministerio profético, debemos emprender el encuentro hacia los patrones de Dios. Esos modelos están a nuestra disposición si elegimos no acomodarnos a las tradiciones comúnmente aceptadas que existen en la actualidad. A medida que encontremos los patrones y el anhelo de Dios y los proclamemos, comenzaremos a ver la verdadera esencia de la profecía que brota en quienes son llamados a este ministerio. Serán una bendición que nunca hubiéramos imaginado.